

J. JURADO DE PARRA

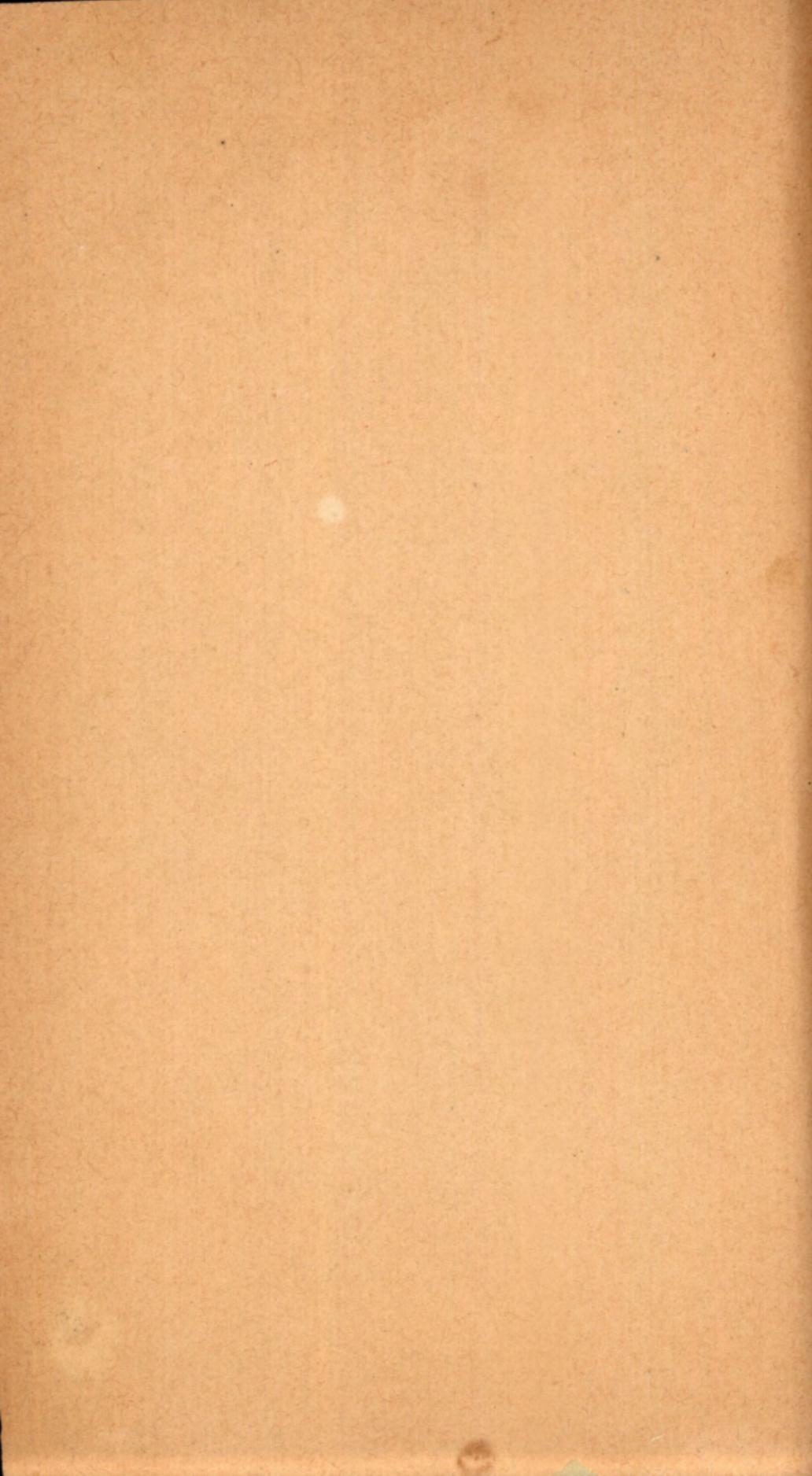
DIEGO

(POEMA)

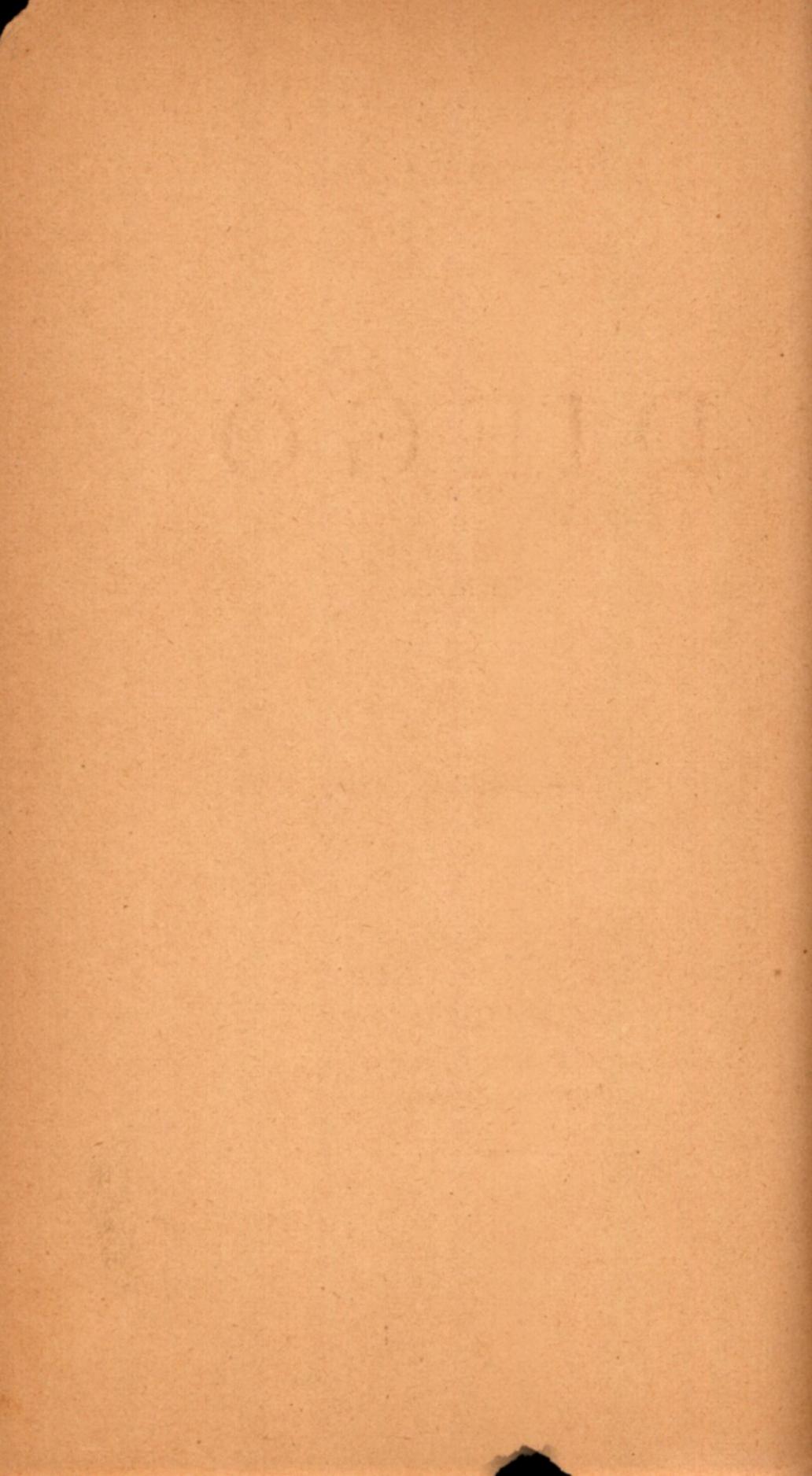
~~~~~  
CUARTA EDICIÓN  
~~~~~

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera San Jerónimo, 2

—
1886



DIEGO



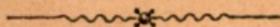
R. 27.031

J. JURADO DE PARRA

~~~~~

# DIEGO

(POEMA)



MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

*Carrera San Jerónimo, 2*

—  
1886



Es propiedad.  
Queda hecho el depósito que previene la ley.

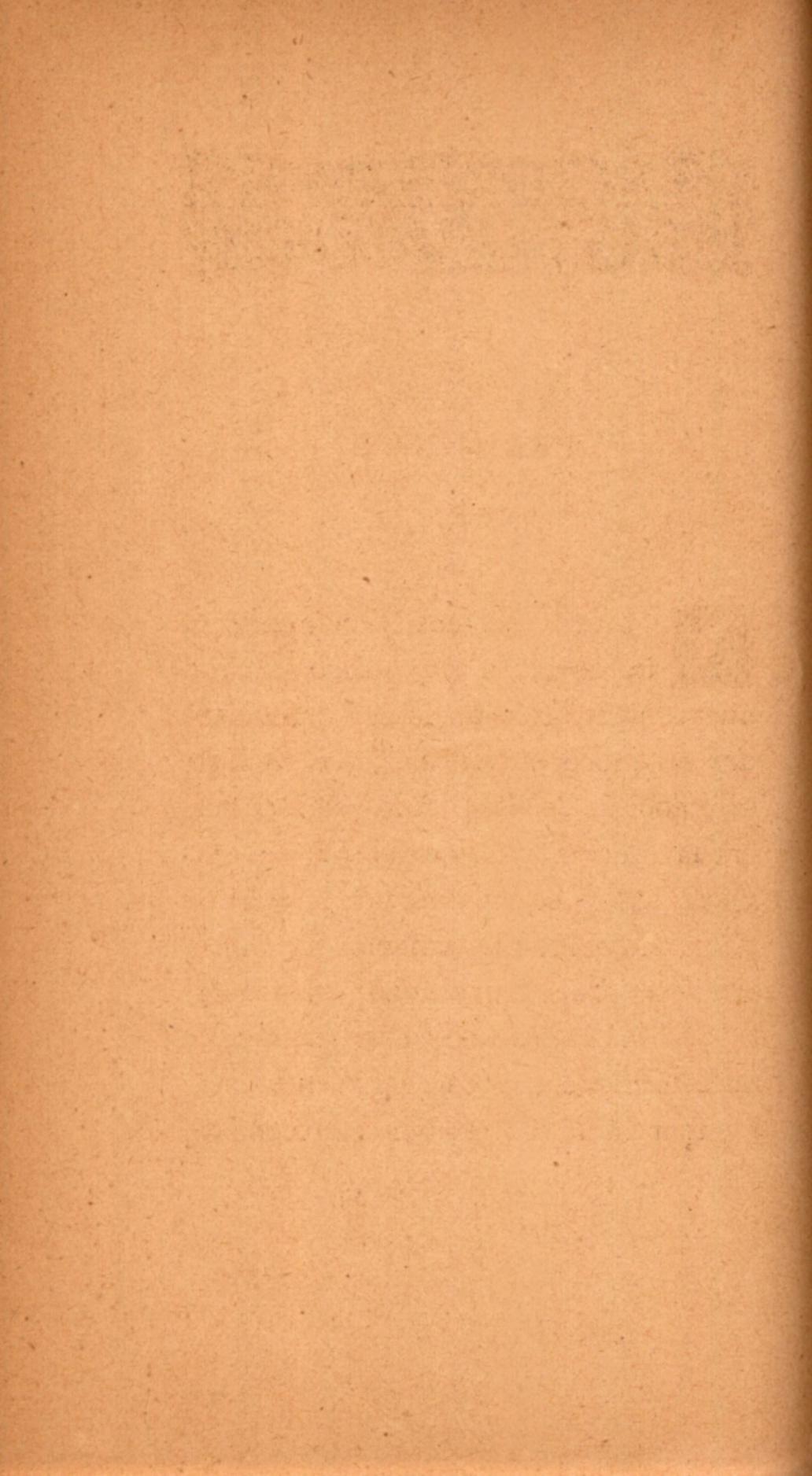
AL CÍRCULO

DE LA

## UNIÓN DE LINARES

*que conociendo apenas algunas estrofas de este poema, tuvo la bondad de consagrarme un álbum y una medalla de oro, al mismo tiempo que me votaba su socio honorario, dedico hoy mi obra con la misma gratitud que ayer acepté sus valiosas distinciones y sus aplausos cariñosos.*

JOSÉ JURADO DE PARRA





## PRELIMINAR

---

**N**o tengo la pretensión de aportar á la poesía, con este poema, ningún nuevo elemento de arte, pero sí quiero dar á conocer á la crítica, que siempre se preocupa de hallar imitaciones ó buscar la escuela á que uno pertenece, que yo no tengo escuela ninguna determinada, ni he caído en la tentación de imitar á ningún poeta; lo que hago, es, aceptar la que más *racionalmente* debe seguirse; y en este punto, no puedo negar que Campoamor háme dado estética y preceptiva.

---

Y digo Campoamor, porque este ilustre poeta, al dar el cánon en su *Poética* y señalar la marcha de las ideas en el arte, en su *Ideísmo*, ha dicho en defensa de su sistema, lo que habrían dicho en el siglo xv Jorge Manrique y el Marqués de Santillana; en el xvi, Garcilaso y Fray Luis de León; en el xvii, Quevedo y Rioja; y en el xviii, Iriarte y Samaniego, esto es, *que la poesía es la realización de una idea bella por medio de imágenes, en un lenguaje tan sencillo, que no le separe de la prosa nada más que el ritmo.*

Esta es la escuela de los que, en todo tiempo, han visto, sentido y expresado la poesía, como debe verse, sentirse y expresarse.

Por esto creo que todo buen poeta tiene que vivir dentro de la escuela de Campoamor, porque es la de todos los artistas

---

supremos; así como creo también, que el que trate de imitarle no se orientará nunca, porque este poeta tiene, además de un ingenio inimitable, la nota del humorismo que le es peculiar, como la tuvieron Shakespeare, Cervantes y Byron, y ya es sabido que esto le está reservado á espíritus superiores, que por lo mismo que lo son, revelan en sus obras un subjetivismo que nadie puede confundir. Ejemplo de esto nos da Becquer, cuyas mejores rimas son verdaderas doloras, aunque así no las llamase, sin duda por no confesar que Campoamor había influído en su labor literaria, pero que seguramente no pudo escribir sin este precedente. Y sin embargo de que las buenas rimas de Becquer sean verdaderas doloras, tienen aquéllas el sello de la simpática personalidad de este poeta malogrado.

---

He dicho que todo buen poeta tiene que vivir dentro de la escuela de Campoamor, y al confesar que dentro de ella vivo, no he querido decir que yo lo sea; ahora falta que yo cumpla con lo que me propongo. Lo que yo deseo es, demostrar que no hay otro modo de escribir, por lo que respecta á la forma.

Pero, ¿y el fondo?

En esto sí que tengo que decir paladinamente, que es Campoamor un preceptista soberano. Porque, ¿qué pide el autor de los *Pequeños poemas* á todo asunto?

Que sea historiable.

Que el plan se pueda pintar.

Que el fin sea trascendente.

¿Hay alguna obra poética que merezca la pena de citarse, que no cumpla por lo menos con dos de esas condiciones?

Creo sinceramente que no.

---

Respecto á la tercera, hay opiniones y yo en esto tengo la de mi ilustre amigo el Sr. Alas, que es ésta: El arte por el arte es encantador; pero el arte por la idea, ó sea la trascendencia en el arte, es miel sobre hojuelas.

El público y la crítica á cuya benevolencia me recomiendo, tenían derecho á saber de dónde vengo y adónde voy, y creo haberlos satisfecho con estas aclaraciones:

Mi poema DIEGO, es un ensayo, desdichado acaso, de la poesía á que tiene derecho este siglo que tiende á desterrar todo lo supérfluo.

En él hay un asunto interesante y humano, historiable y logrado á mi pobre juicio. Un plan lógico y pictórico y una versificación sencilla, de la que he procurado descartar esas palabras del *caló* poético, tan usadas por algunos *vates*.

---

No he querido como alguien pudiera creer, herir al catolicismo, cosa ya puesta en moda, para dar con esto trascendencia á mi poema. El hecho, mejor, el documento humano que inspiró mi pobre obra, ha venido á aclarar en el proceso dramático que desarrollo, que la disciplina eclesiástica, pone en un horroroso dilema al sacerdote de moralidad severa y conciencia escrupulosa al par que de corazón vehemente y apasionado, exigiéndole un sacrificio sin el cual nada perdería el dogma y ganaría mucho la moral.

Mi aspiración era sacar del caso particular de mi DIEGO la ley universal de los conflictos por el celibato eclesiástico, fiel á la doctrina campoamoriana; por que, ¿qué he de hacer?

¿He de escribir odas, cuando ya nadie lee las de Quintana? ¿Hago rimas? Ya he

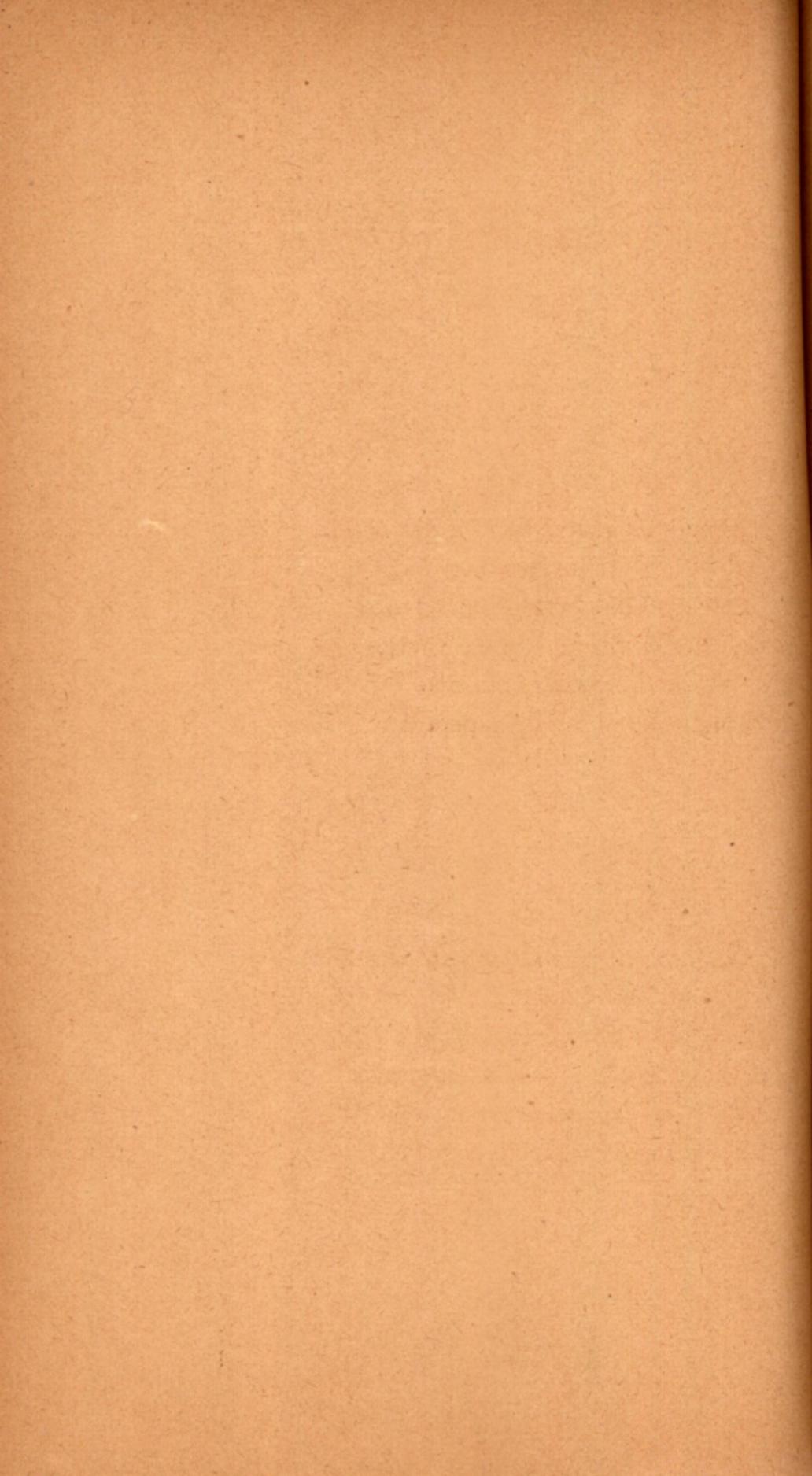
---

dicho que las mejores de Becquer son doloras, y éstas esbozos de pequeños poemas; como las humoradas, son según el Sr. Alas, la célula de un poema. Las demás rimas, como con alto sentido ha dicho el ilustre Núñez de Arce, son suspirillos germánicos, que han caído justamente en descrédito, y lo demás en poesía *cantos* que aporrean.

Pudiera hacer poemas como los hermosísimos de Coppée ó los pintorescos de nuestro tierno Velarde; pero repito que prefiero las hojuelas con miel, siempre que ésta pueda darse.

Dichoso yo mil veces, si como tengo la seguridad de haber elegido el mejor sistema, la tuviese de la bondad de esta obra, que es la primera que escribo.





# DIEGO

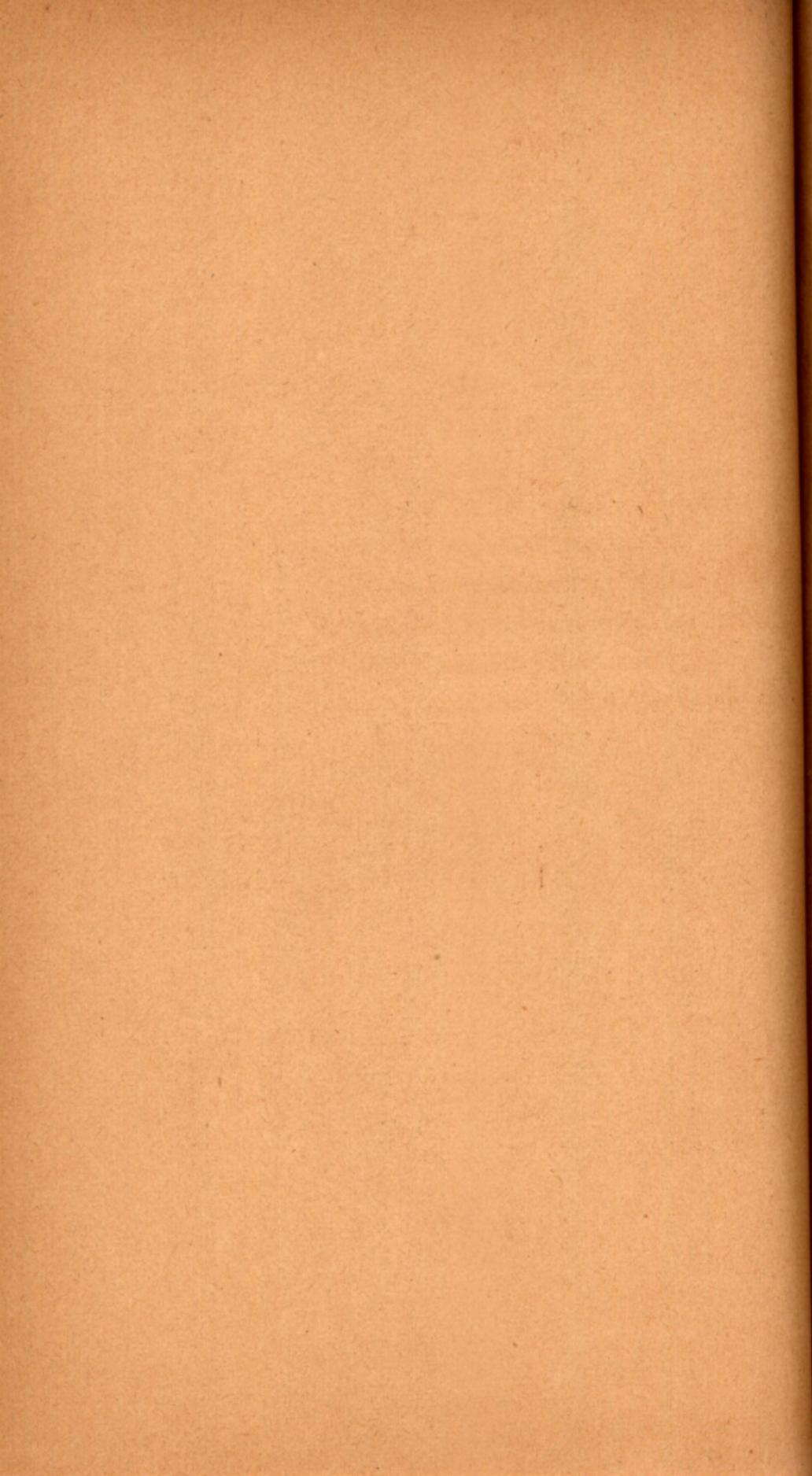


## I

**V**IVIR es recordar! ¿Y quién olvida  
la juventud querida?  
¡Esa edad de perpetua bienandanza,  
que nos siembra de flores el camino  
y nos muestra el destino  
bañado por el sol de la esperanza!

## II

¡Quién, aun hallando el puerto deseado,  
no llega fatigado!  
¡Quién al sentir el alma dolorida  
del mundo por los ásperos abrojos,  
¡ay! no vuelve los ojos  
á los primeros años de la vida!



## III

¡Cómo olvidar las apacibles horas  
de risas seductoras,  
que en el hogar henchida de terneza  
nuestra amorosa madre nos reparte!  
¡Cómo podré olvidarte,  
cuna donde nací, noble Baeza!

## IV

Mi adorada ciudad de Andalucía  
donde alegre vivía  
en unión de los seres más queridos,  
ciudad do mi niñez pasó serena,  
y cuyo nombre suena  
cual música celeste en mis oídos.





## V

¡Hoy la nostalgia cruel que me devora,  
le presta bienhechora  
al corazón dulcísimo consuelo;  
porque al pensar en tí, patria querida,  
recobro aquella vida  
que apacible gocé bajo tu cielo!

## VI

¡Mirad la majestad con que se asoma  
sobre empinada loma  
y el horizonte espléndido domina,  
destacándose altiva cual si fuera  
una ciudad guerrera  
que llorase entre escombros su ruina!

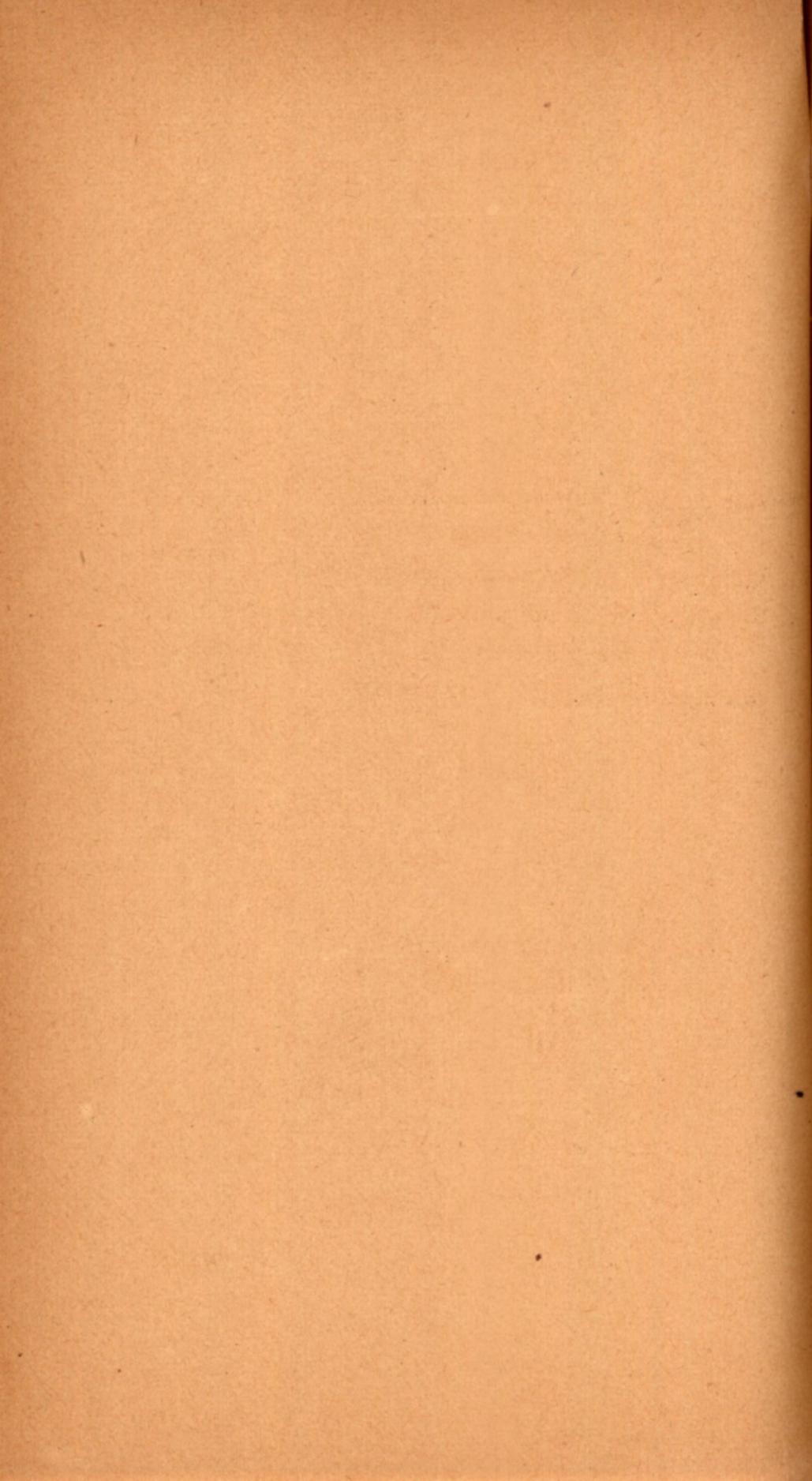


## VII

A manera de fuertes cinturones ,  
    sus viejos torreones  
y sus rotas murallas la circundan ,  
y las aguas del Betis caudaloso ,  
    su prado deleitoso  
y sus campiñas fértiles fecundan.

## VIII

¡Qué hermoso y qué feraz , su rico suelo!  
    ¡Cuán alegre su cielo!  
¡Cuánto su historia á meditar convida ,  
y sus huertas bellísimas y amenas ,  
    cuántas , cuántas escenas  
le recuerdan al alma dolorida!

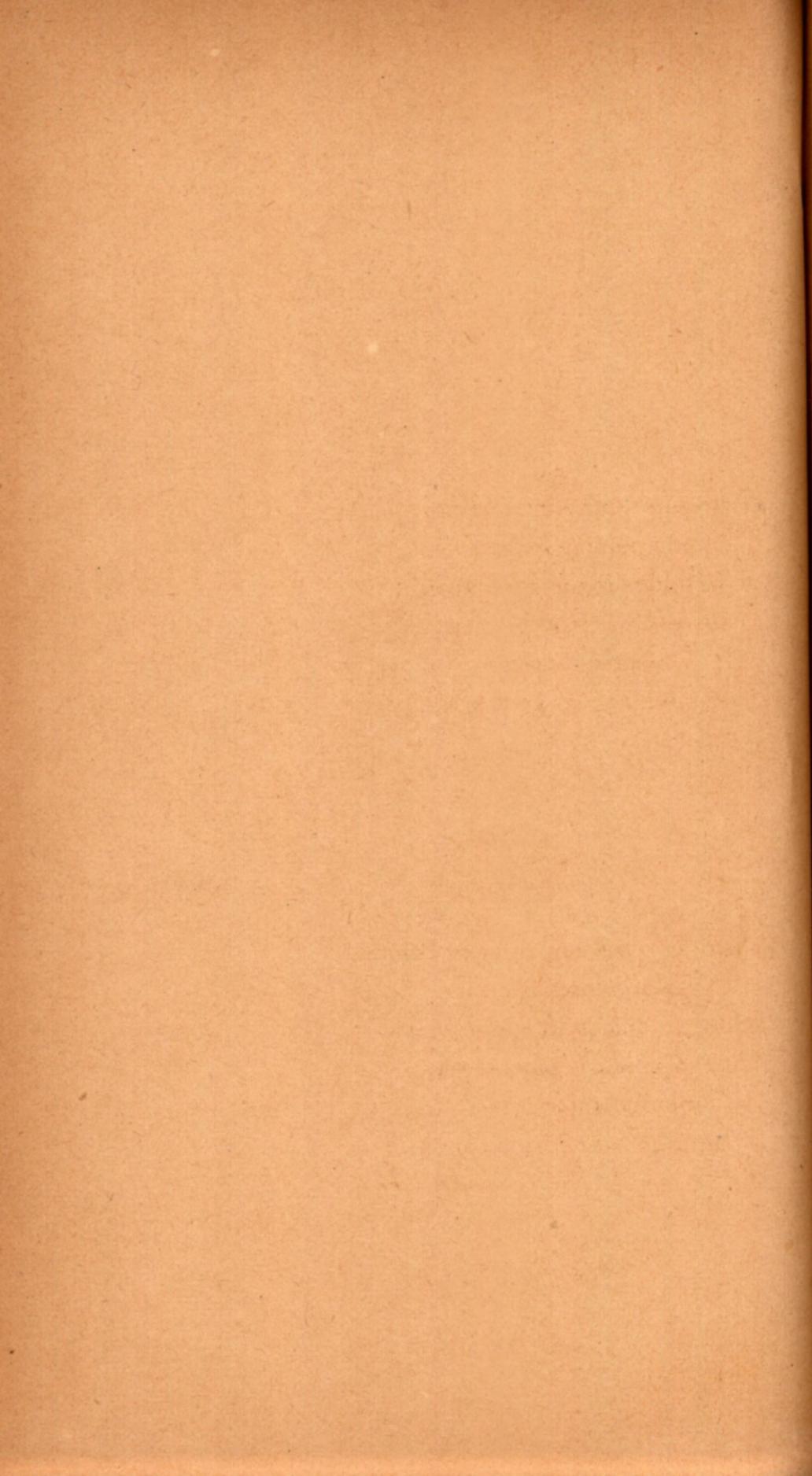


## IX

Aún conservo fielmente en la memoria,  
la desgraciada historia  
del que más fué mi hermano que mi amigo;  
historia de dolor y de amargura,  
de amor y de ternura  
que siempre, siempre, vivirá conmigo.

## X

De casa tan humilde como honrada  
es Diego de Moncada  
el hijo primogénito y amado  
y de sus padres el constante anhelo,  
que le conduzca el cielo  
por la senda que lleva al obispado.

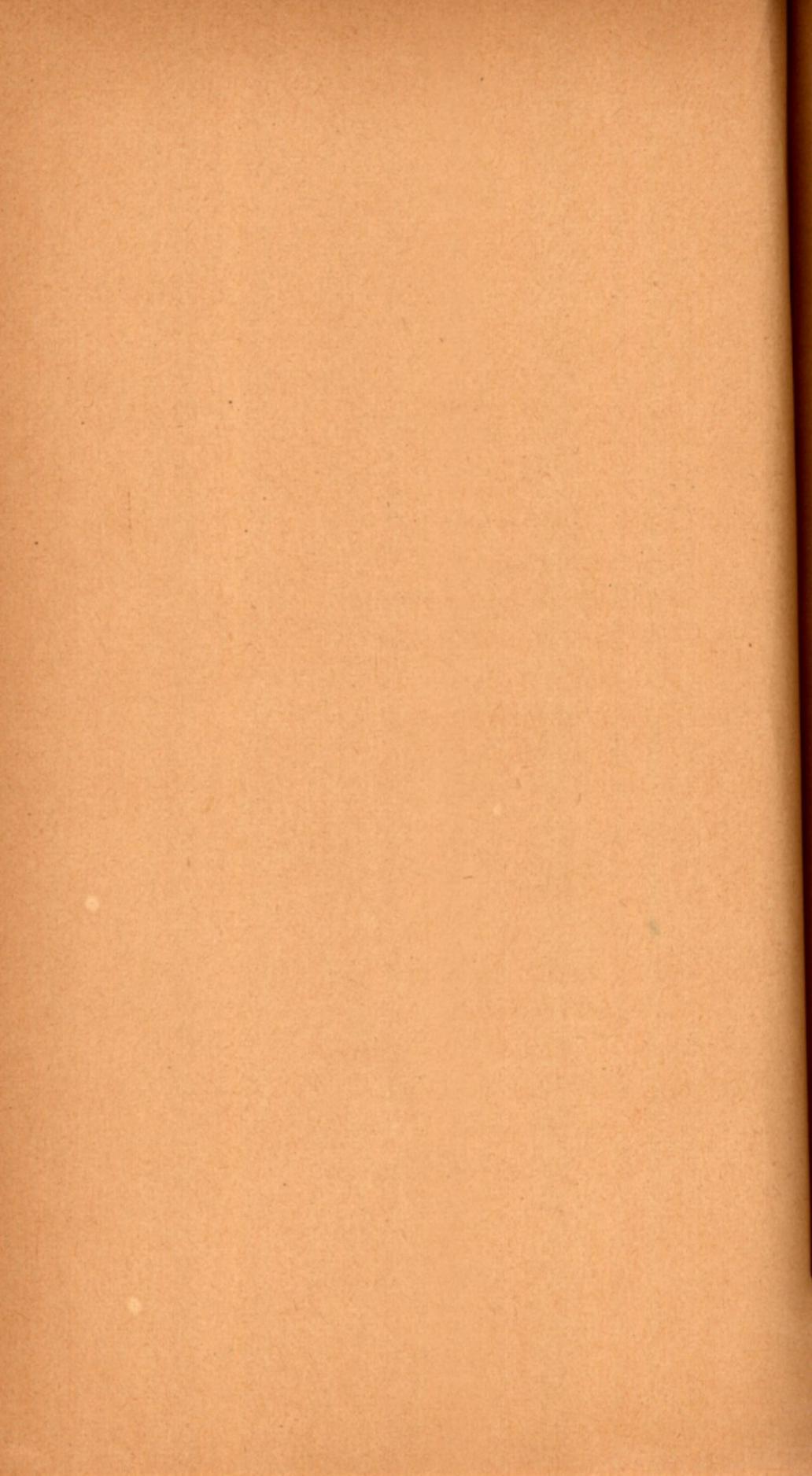


## XI

Desde niño, muy niño, cuando apenas  
sus pupilas serenas  
en los lindos juguetes se fijaban,  
ya sus padres *obispo* le decían,  
y alegres sonreían  
si así también, las gentes le llamaban.

## XII

¡Cuántas veces con cañas por bridones  
armados escuadrones  
de alegres chicos en revuelto bando  
íbamos á buscarle para el juego,  
y hallábamos á Diego  
con altarcicos de cartón jugando!



## XIII

Cediendo á naturales aficiones,  
y sin otras razones  
que las que alcanza á conocer el niño,  
entró en el Seminario alegremente  
realizando obediente,  
la aspiración del paternal cariño.

## XIV

Juicioso y diligente y aplicado,  
al estudio entregado  
nunca pensó del mundo en los placeres,  
y embriagado en las santas oraciones  
no sintió las pasiones  
que en el pecho despiertan las mujeres.

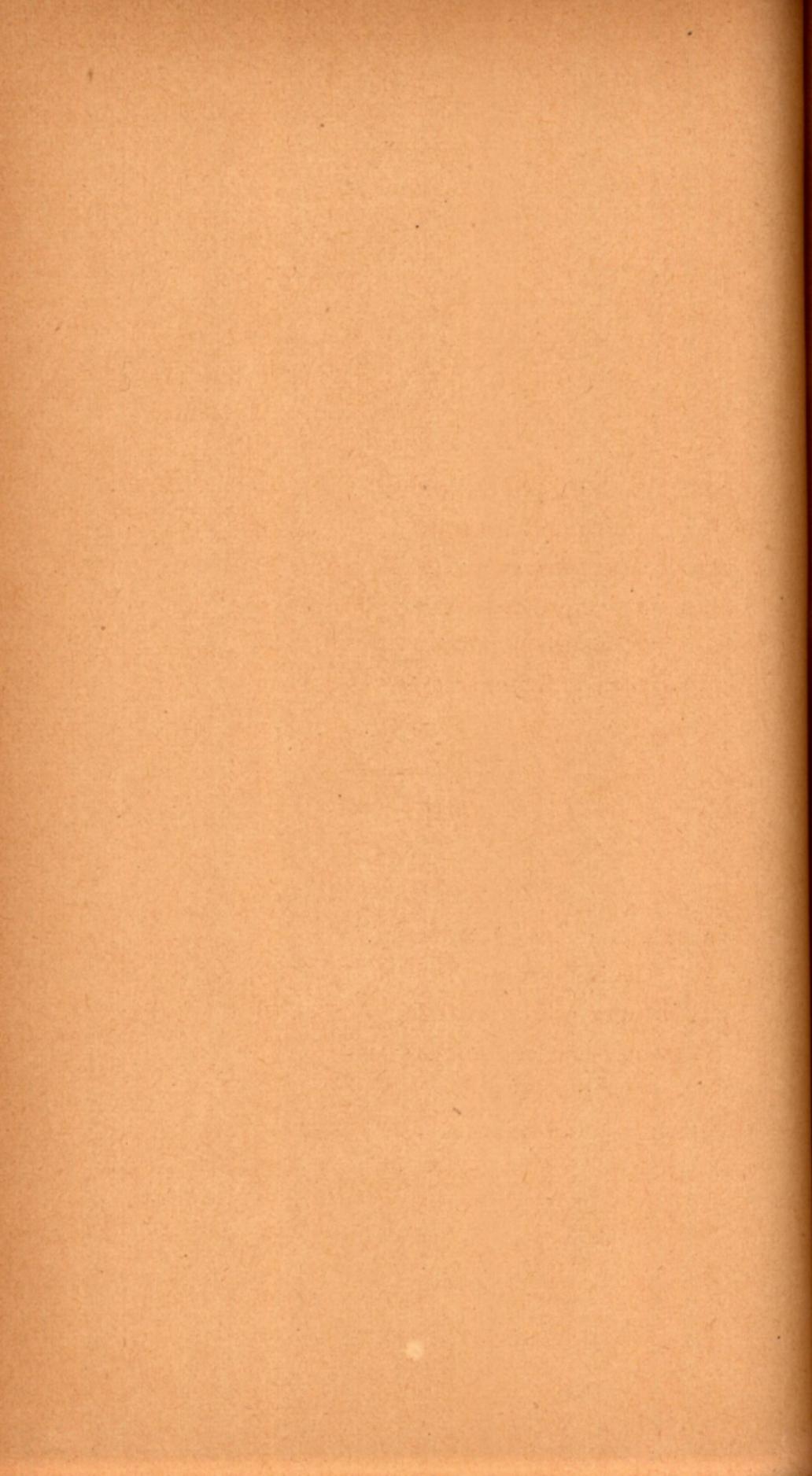


## XV

Siempre sonriente de su fe seguro,  
era el rincón oscuro  
de su celda, su cielo y su tesoro,  
*su mundo más hermoso*, el Seminario,  
su amigo el breviario,  
y su lugar de esparcimiento, el coro.

## XVI

Al lucir el albor de la mañana  
y cuando la campana  
llamaba á meditar á la capilla,  
atento siempre á su piadoso ruego,  
ya en ella oraba Diego  
humildemente con piedad sencilla.

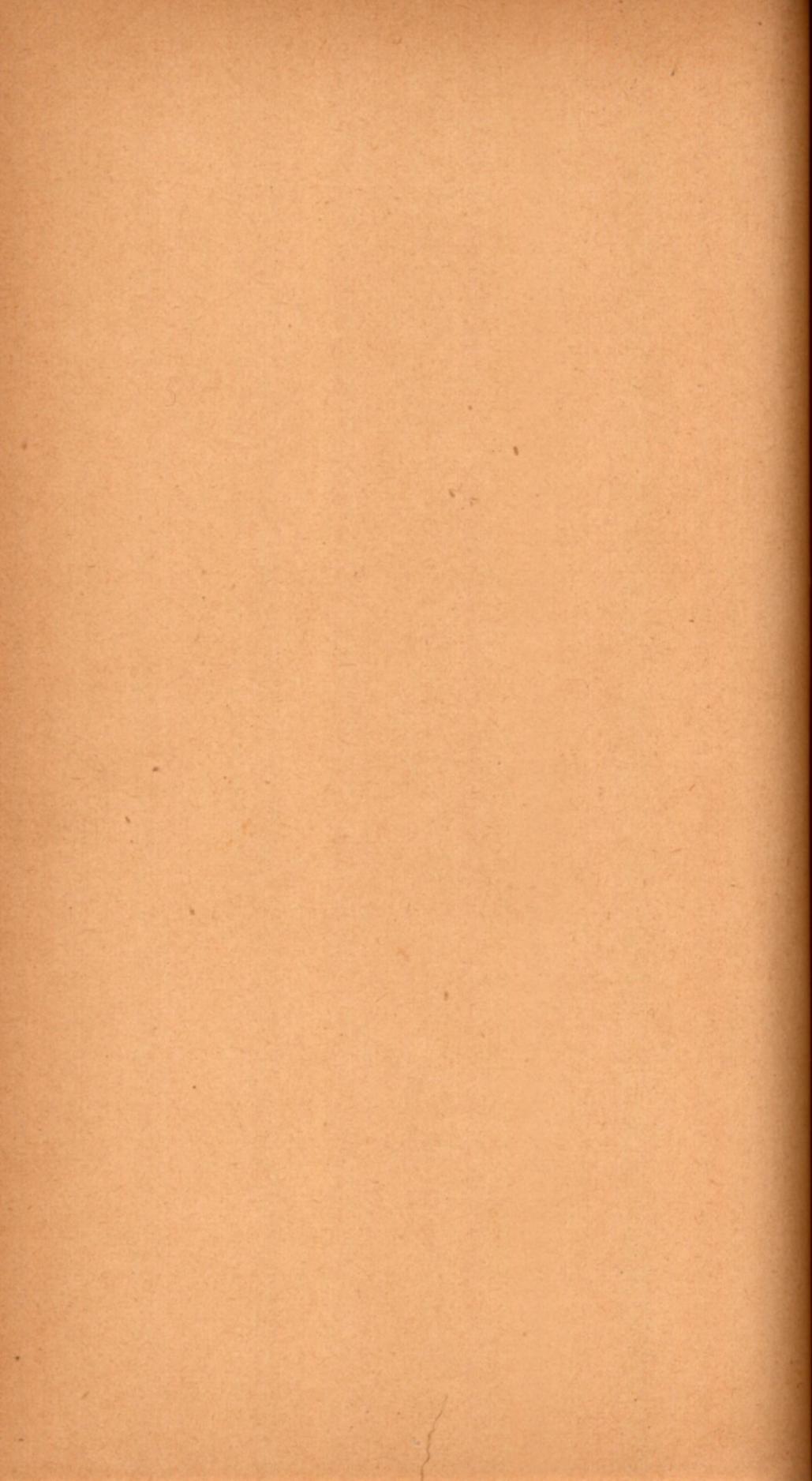


## XVII

Nunca la dulce paz de su retiro  
interrumpió un suspiro,  
aun de su adolescencia en los albores:  
dormida siempre de su fe al arrullo,  
no taladró el capullo  
la mariposa azul de los amores.

## XVIII

Empezaba á lucir la primavera.  
Alegre en su carrera  
sus perfumados besos repartía,  
y lanzando sus flechas misteriosas  
entre plumas y rosas,  
el niño del amor se sonreía.

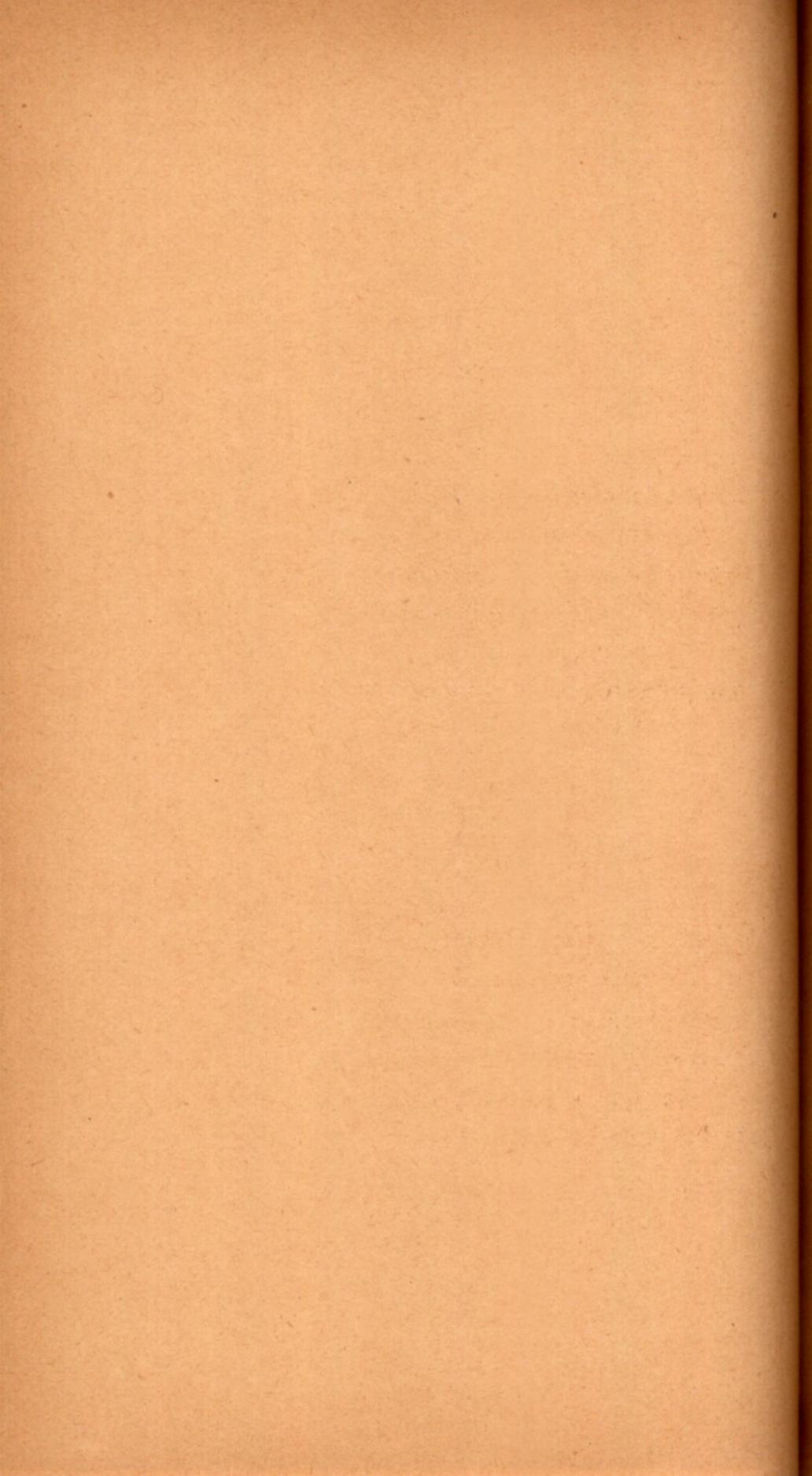


## XIX

En las selvas su amor cantan las aves  
con sus trinos suaves,  
las plantas reflorece con amores  
á los besos del sol tibio y fecundo,  
y perfuman el mundo  
los fragantes efluvios de las flores.

## XX

Amoroso también, el hombre siente  
correr cual lava ardiente  
la sangre presurosa por sus venas,  
á amar la primavera le convida,  
y al beso de la vida  
desecha amante sus amargas penas.

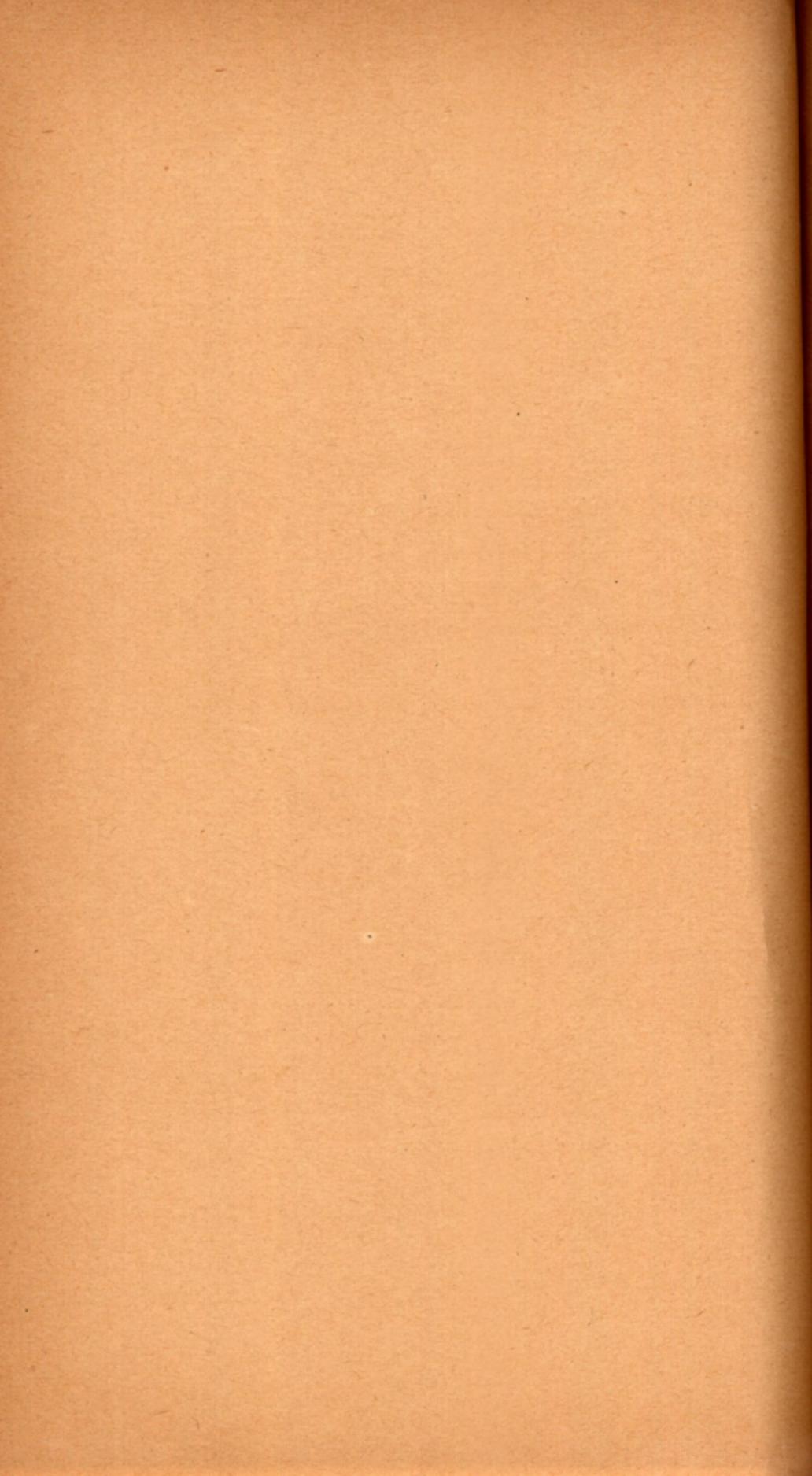


## XXI

Todo en inmensa cópula se agita,  
y con ansia infinita  
llegan en la estación de los amores  
*á la choza, al palacio, á los conventos,*  
amantes pensamientos,  
inspirados por pájaros y flores.

## XXII

Bañada por el sol del Mediodía,  
la hermosa Andalucía  
luce esplendente su gentil belleza,  
y esparce de las flores de Granada  
la esencia perfumada,  
por los pintados valles de Baeza.



## XXIII

Cediendo á sus encantos seductores,  
sonámbulos de amores  
los niños por los prados juguetean,  
y las jóvenes van tras sus antojos,  
lanzando de sus ojos  
chispas de amor que ardientes centellean.

## XXIV

Era una tarde del Abril florido.  
Por el hermoso egido  
que sirve en primavera de paseo,  
en bulliciosas filas desiguales,  
iban los colegiales  
á esparcirse en sus horas de recreo.





## XXV

En una de las filas, va delante  
con alegre semblante  
un joven de simpática figura,  
que lleva dulce la mirada al cielo,  
después la baja al suelo,  
y al fin se abisma en recorrer su anchura.

## XXVI

Cual relámpago súbito y brillante,  
que desde lo distante  
los oscuros espacios ilumina,  
á sus ojos pasar miró serena,  
una virgen morena...  
que siendo humana la encontró divina.



## XXVII

Atónita fijóse su mirada  
    en la niña agraciada,  
con esa admiración que causaría  
la luz del sol y su abrasante fuego,  
    al desgraciado ciego  
que nunca pudo conocer el día.

## XXVIII

Absorto en contemplar tanta hermosura,  
    ya su planta insegura  
lleva pesadamente por el suelo,  
y al cielo entonces ruboroso mira,  
    y se pára, y suspira...  
¡Y ya no encuentra tan hermoso el cielo!



## XXIX

Y mientras ella sigue su camino  
    volviendo el peregrino  
rostro, para mirarle suspirando,  
él marcha melancólico y medita  
    con angustia infinita  
«imposible, imposible», murmurando.

## XXX

Ya vuelve al Seminario pensativo  
    y su genio expansivo  
se torna á su pesar en receloso,  
ya mira con mortal melancolía,  
    la dicha y la alegría  
que le inspiró *su mundo más hermoso*.



## XXXI

¡Y es él, y es él! mi amigo de la infancia.  
¡Ya con triste elegancia  
se envuelve entre los pliegues de su manto,  
y con el paño angosto de la beca  
inútilmente seca  
las húmedas señales de su llanto!

## XXXII

Ya su celda le asusta y la campana  
que anuncia la mañana  
sorprende de sus ansias las querellas,  
ya la noche enlutada y misteriosa,  
le mira silenciosa  
hablando con la luna y las estrellas.



## XXXIII

Ya por el día va desatentado  
del uno al otro lado,  
como el que no haya pena ni contento.  
Ya baja á la capilla con tristeza,  
y reza, cuando reza,  
fijo en un solo punto el pensamiento.

## XXXIV

¿Acaso por estúpido egoísmo  
el ciego fanatismo  
á reclusión eterna le condena,  
y víctima del vicio, ó del tormento  
tendrá su pensamiento  
amarrado por siempre á una cadena?



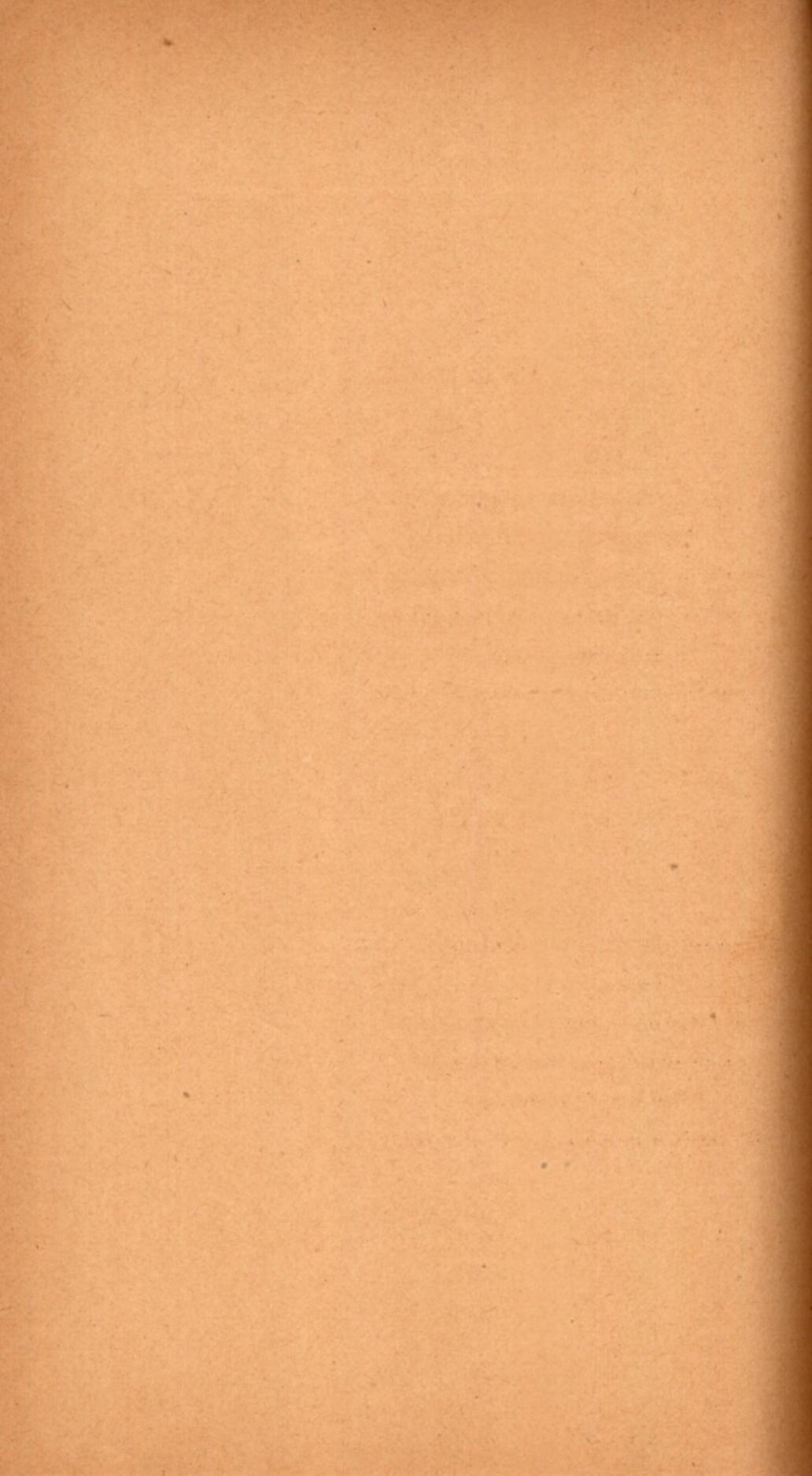
## XXXV

¡Cómo pudiera vacilar ahora  
su mente soñadora,  
si ya pasó sus juveniles años  
estudiando de Dios la santa ciencia,  
y el mundo y su experiencia  
le darían amargos desengaños!

## XXXVI

¡Cómo trocar tampoco en un momento  
de su madre el contento  
en despiadado sueño de amargura!  
De su madre, fanática obcecada,  
que quiere ¡desdichada!  
ó mirarle morir, ó verle cura.





## XXXVII

Presa de aquel amor imaginario,  
encuentra el Seminario  
como la cárcel en que vive preso,  
y la voz del deber atento escucha,  
y se resiste y lucha...  
¡y al fin sucumbe del deber al peso!

## XXXVIII

Y pretende ordenarse decidido,  
y llega conmovido  
por extraño recuerdo al ara santa,  
y el Prelado le ordena reverente,  
y el ordenado siente  
un peso misterioso que le espanta.



## XXXIX

Y el Rector y el Obispo y el Vicario  
y todo el Seminario,  
del *Te-Deum* entonan las canciones;  
todos alaban la virtud de Diego  
y el religioso fuego  
de sus santas y puras vocaciones.

## XL

Y él se siente morir; mas con firmeza  
domina su flaqueza  
y reprime en su pecho la fatiga,  
comprende su deber, y ve con calma  
que á torturarse el alma  
ya su misión católica le obliga.



## XLI

De la humana pasión el fuego aleja  
la fe que le aconseja,  
afanoso á su mal busca consuelo  
y de su terco afán en el delirio,  
se somete al martirio  
con la esperanza de ganar el cielo.

## XLII

Así mira pasar día tras día,  
sin causa de alegría,  
de su lozana juventud las horas,  
siendo el verdugo cruel de su tormento,  
su propio pensamiento  
que le trae visiones seductoras.

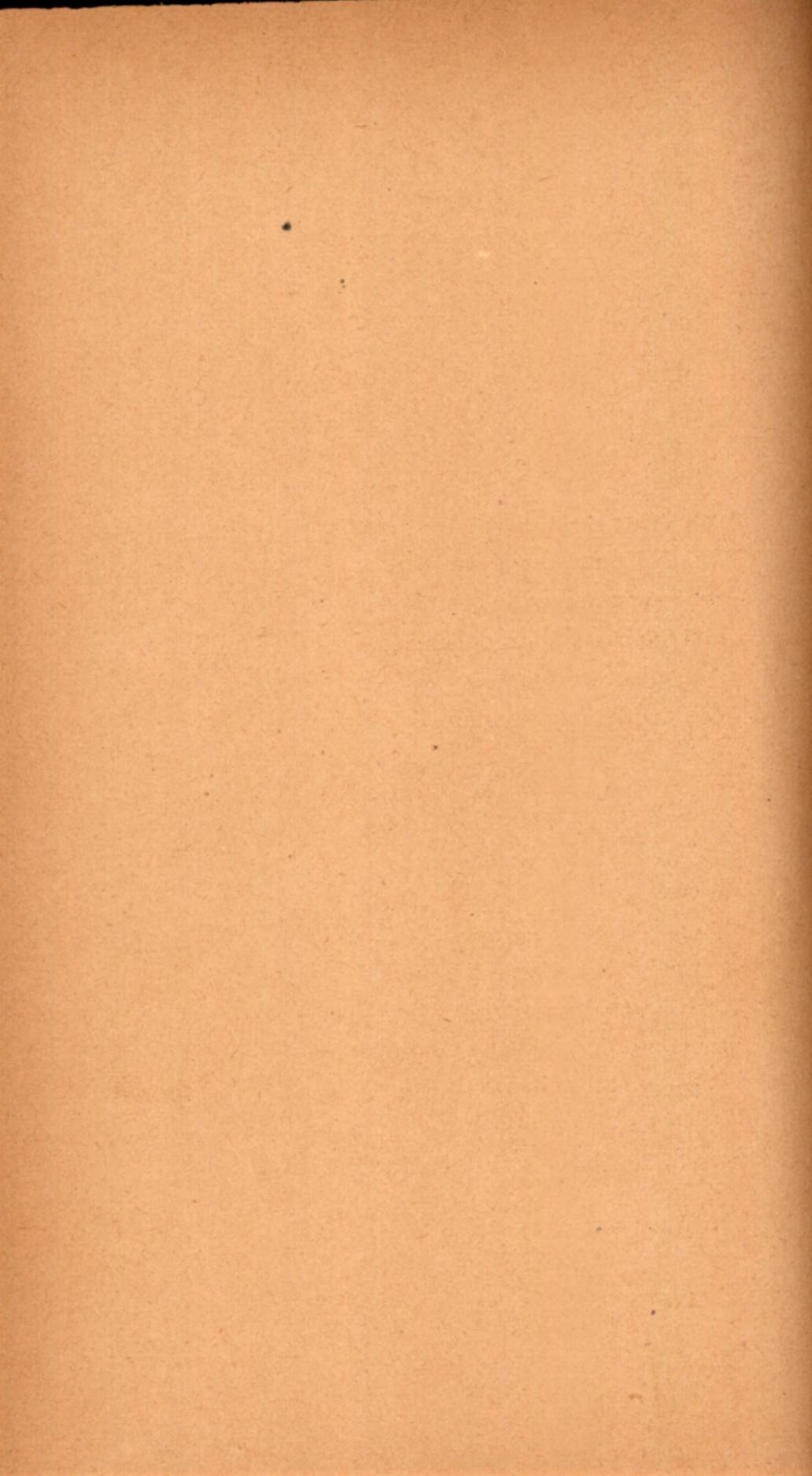


## XLIII

En los libros sagrados que leía ,  
    insensato inquiría  
de su pasión la causa misteriosa ,  
y si de hinojos ante Dios rezaba ,  
    hacia el altar miraba  
*con ojos que veían otra cosa .*

## XLIV

Como siempre volvió la primavera.  
    Alegre en su carrera  
sus perfumados besos repartía ,  
y lanzando sus flechas misteriosas  
    entre plumas y rosas  
el niño del amor se sonreía.



## XLV

A los besos del sol, la madre tierra  
    los gérmenes que encierra,  
anima de su seno en lo profundo.  
Linfas toman los tallos de las flores,  
    músicas los alcores  
Y los céfiros hálito fecundo.

## XLVI

Las ramas de los árboles erguidos,  
    al peso de los aídos  
con blando movimiento se cimbrean,  
y se espesan los cínifes sutiles,  
    y los yertos reptiles  
del sol á los halagos serpentean.

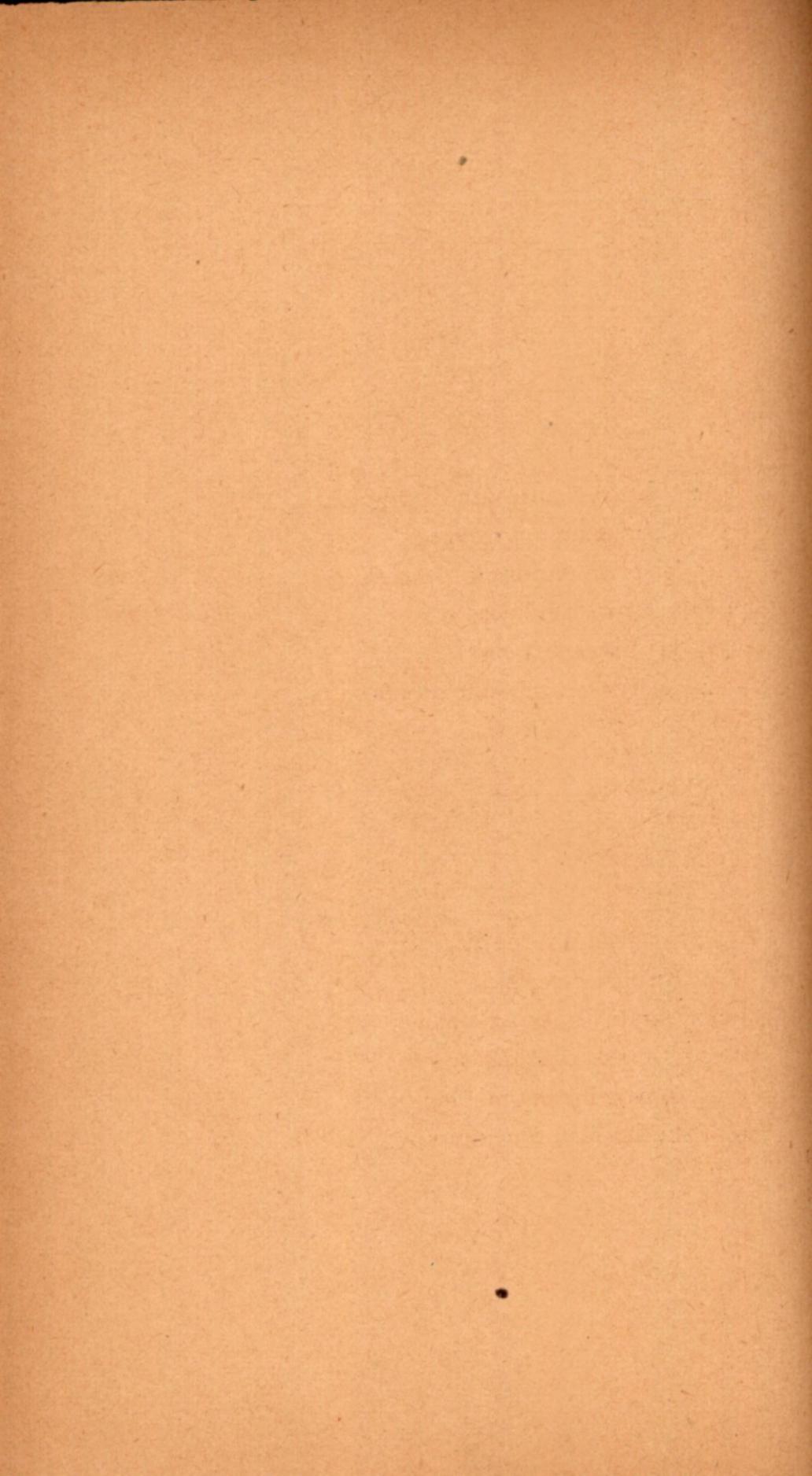


## XLVII

¡En hartura otra vez trocada el hambre,  
el bullicioso enjambre  
se agita infatigable en sus labores,  
y el insecto en sus alas va cargado  
del polen perfumado,  
con que paga las mieles de las flores!

## XVIII

¡Ya del pastor se escucha el caramillo  
y el soterrado grillo  
monotono chirría en los trigales,  
ya brilla más azul el limpio cielo  
y corre el arroyuelo  
como brillante sierpe de cristales!

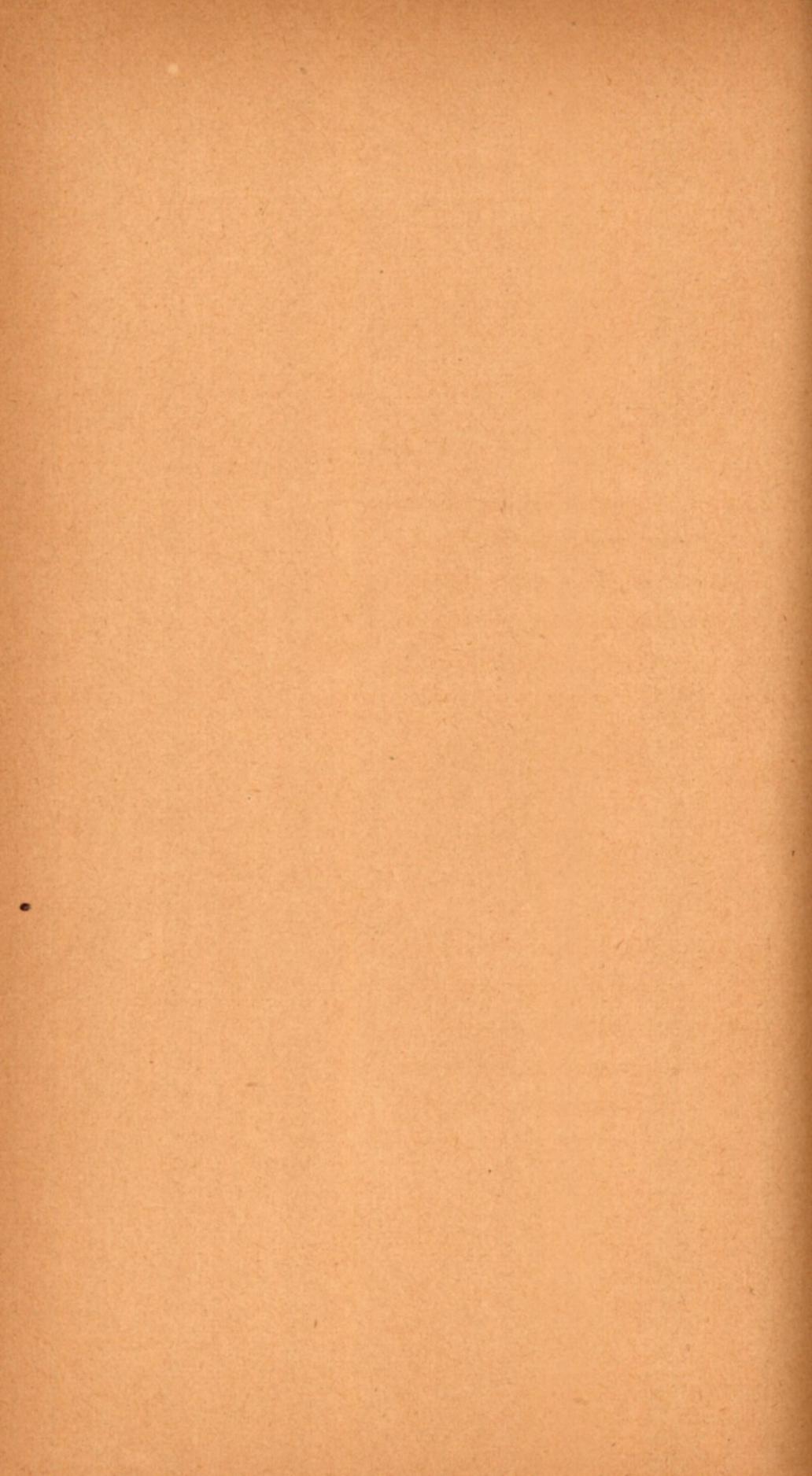


## XIX

¡Todo es contento, juventud y amores!  
¡ Himnos son los rumores,  
besos las brisas y verdor las lomas,  
bullente plata el caudaloso río,  
las flores son rocío,  
la luz colores, y el ambiente aromas!

## L

Era una tarde del Abril florido.  
En el hermoso egido  
como llevado de amorosa cita,  
Diego discurre por aquel paseo  
y envuelto en su manteo  
no se sabe si reza ó si medita.



## LI

El soplo de los años, no ha deshecho  
    en su sensible pecho  
el palacio ideal de sus amores,  
y á la santa misión del sacerdocio  
    no deja un rato de ocio,  
á fin de que distraiga sus dolores.

## LII

En su casa, en la calle y en el templo,  
    con religioso ejemplo,  
al saludar parece que suspira,  
mira, sin ver, las cosas celestiales,  
    y ve las materiales,  
aunque temiendo siempre, no las mira.



## LIII

Sin querer, ve que pasa por su lado  
el mundo enamorado,  
y huyendo de sus locas tentaciones  
lleva la vista fatigada al cielo...  
y alcanzando consuelo  
prorrumpe en sus mentales oraciones.

## LIV

¡Ay, evocando va la tarde aquella,  
la página más bella  
del místico cantar de los cantares,  
y de aquellos idilios venturosos  
los éxtasis gozosos  
calmaban dulcemente sus pesares!



## LV

Y piensa ver , como tras velo denso  
cual columna de incienso  
una virgen surgir bella y galana ;  
mas al mirarla , la cabeza inclina  
que la virgen divina  
huyó á sus ojos y quedó la humana.

## LVI

Si , pudo distinguir pasar serena  
á la niña morena  
que exaltara su ardiente fantasía ,  
la cual aunque á su lado va su amante ,  
le mira con semblante  
herido por mortal melancolía.



## LVII

Algo sintió en su pecho el sacerdote,  
    como el terrible azote  
del huracán que arranca dura encina.  
Asoman á su rostro los sonrojos,  
    y aunque eleva los ojos,  
no ve en el cielo la visión divina.

## LVIII

Pretende huir, y cuando hacerlo intenta,  
    algo que le amedrenta  
sube del corazón á su garganta,  
en vano pide su favor al cielo  
    clavado en aquel suelo,  
donde encontró raíces á su planta.



## LIX

¡Inmóvil, sin mirar, ve á la pareja  
que tranquila se aleja,  
del moribundo sol á los reflejos,  
cual náufrago que lucha jadeante  
y siempre más distante,  
la salvadora playa ve á lo lejos!

## LX

¡Cuando el sol ya tocaba en el ocaso,  
con vacilante paso  
Diego se vuelve hacia su hogar, rendido,  
dejando en la rosada lontananza  
perderse su esperanza,  
y su huella en las sombras del egido!



## LXI

En una casa solitaria y vieja  
    á la parroquia aneja ,  
vive Diego servido de una anciana ,  
sín que vaya á turbarle otro ruido ,  
    que el alegre sonido  
que produce al llamarle la campana.

## LXII

Es su aposento lóbrego y mezquino.  
    Una mesa de pino ,  
un sillón y una percha de madera ,  
de donde penden hábitos de cura ,  
    y en una alcoba oscura  
se ve el angosto catre de tijera.



## LXIII

Completan el sencillo mobiliario  
sus libros y un rosario,  
un crucifijo de ignorado artista,  
un armario que sirve de alacena  
y un velón de Lucena,  
que iluminando mal, mata la vista.

## LXIV

Allí piensa encontrar como otras veces  
con sus sencillas preces  
al fatigado espíritu reposo,  
y cuando más y más reza ó medita,  
más le acosa y le incita  
el mónstruo de los celos espantoso.

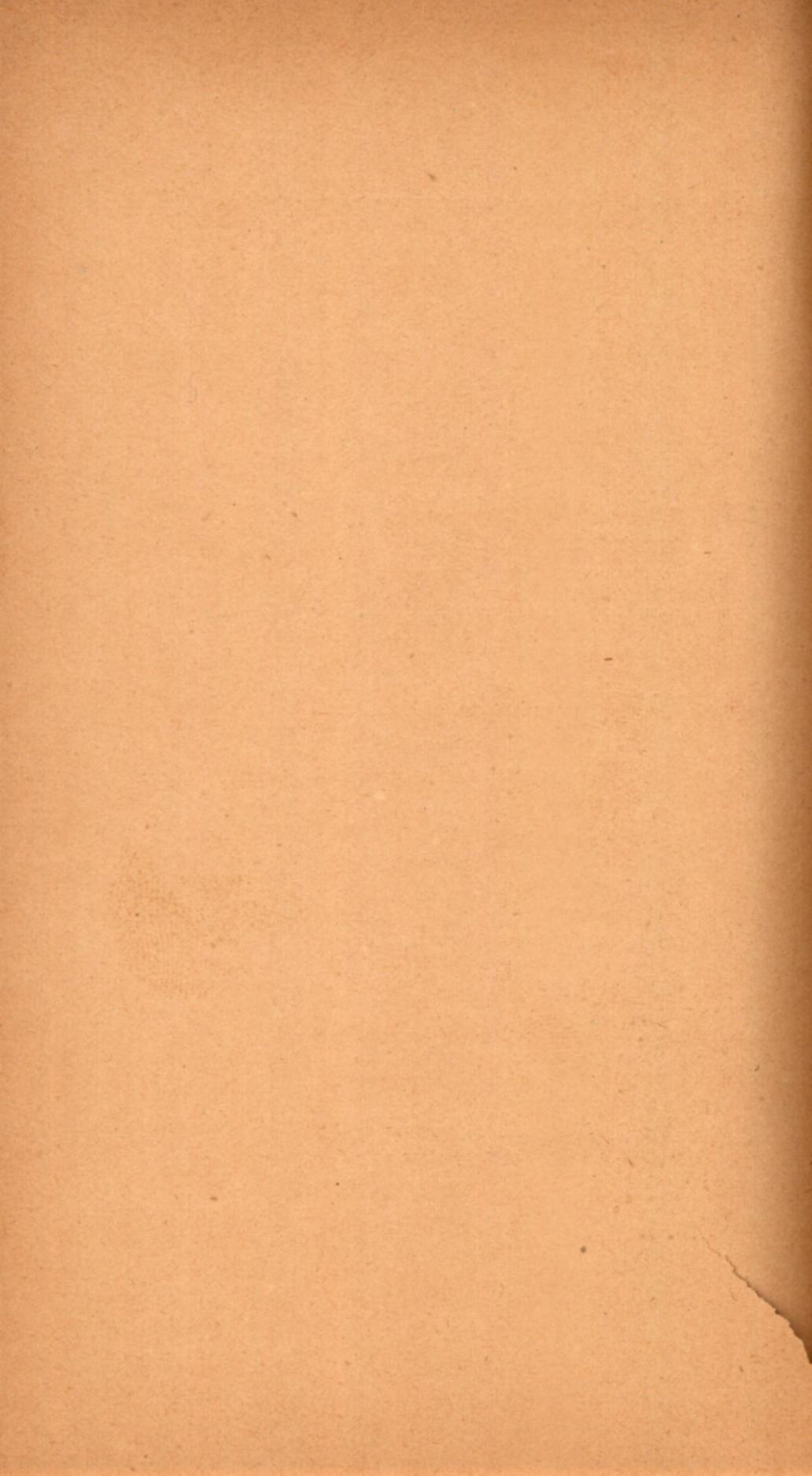


## LXV

De la carne la horrible rebeldía,  
el infeliz sentía  
que le arrancaba el corazón del pecho,  
y queriendo calmar aquel suplicio,  
el áspero silicio  
ciñó á sus miembros, cuando entró en el lecho.

## LXVI

Mas inútil luchar, vano su empeño.  
Ni el cansancio, ni el sueño,  
alejaron de su alma los dolores;  
pues poblando la alcoba si dormía,  
Diego siempre veía  
*Enjambres de fantasmas seductores.*



## LXVII

Llegó del mes de Abril una mañana,  
de esas en que liviana  
la brisa lleva fuego á los sentidos,  
y en que llegan al lecho los antojos,  
desplegando los ojos  
por el licor del sueño adormecidos.

## LXVIII

En su lecho glacial Diego se halla  
allí en sorda batalla  
con su fe inquebrantable y su flaqueza:  
quiere vencer del pecho las pasiones  
con santas oraciones,  
á que nunca atendió Naturaleza,



## LXIX

Y se revuelve en sí, salta del lecho  
y á su abrasado pecho,  
lleva con fe cristiana un crucifijo  
que calme los anhelos de su alma...  
y cobrando la calma  
el dulce nombre de Jesús bendijo.

## LXX

Y consigue alejar de su memoria,  
el hecho de su historia  
que más le arroba el dulce sentimiento.  
La sonora campana al fin le avisa,  
y marcha á decir misa  
Con fe poniendo en Dios su pensamiento.



## LXXI

Mas, ¡cuánto ha de luchar la fe cristiana,  
cuando la vida humana  
vigorosa se opone en su camino!  
¡Qué temible enemigo es la flaqueza,  
si la Naturaleza  
le requiere á cumplir con su destino!

## LXXII

¡Cómo ve en la ventura solo nombre,  
la abnegación del hombre  
que va al deber con ánimo sereno!  
¡Cómo en la dicha se hallan los dolores,  
espinas en las flores,  
y en las aguas clarísimas el cieno!





## LXXIII

Diego siente que pierde su energía,  
cuando en la sacristía  
y ya para la misa revestido,  
á sus ojos miró surgir serena  
á la niña morena,  
que encontró aquella tarde en el egido.

## LXXIV

Y al ver que la acompaña numeroso  
séquito bullicioso,  
algo horrible su espíritu presiente,  
y que se acerca con espanto mira,  
y su vista retira,  
por ver á Cristo de la cruz pendiente!



## LXXV

Piensa escapar, y son sus vestiduras,  
    las fuertes ligaduras  
que le impiden volar á su deseo.  
¡ Amarrado al deber, contempla ahora,  
    al buitre que devora  
su pecho, como el triste Prometeo!

## LXXVI

Mas después que consigue dominarse,  
    al saber que á casarse  
llega llena de amor al ara santa  
y reclama sus dulces bendiciones,  
    ahogando exclamaciones,  
su vista al cielo con dolor levanta.



## LXXVII

De su fe en un esfuerzo poderoso  
afectando reposo  
decídese á cumplir con sus deberes,  
y llega á los altares resignado,  
abatido y cercado,  
por nombres y por niños y mujeres.

## LXXVIII

Como lo ordena el ritual romano,  
con acento cristiano  
tembloroso comienza á interrogarla.  
¡Y sin poderse contener suspira,  
y sin verla, la mira,  
y se cierran sus ojos por mirarla!



## LXXIX

Entre tanto la niña candorosa,  
aunque va á ser esposa  
del joven que á su lado tiene amante,  
no se atreve á mirarle frente á frente,  
como si delincuente,  
creyese hallarse de su juez delante.

## LXXX

Del tembloroso cura en la mirada,  
vió la niña agraciada,  
algo que revelaba su amargura,  
y mirándole atenta de hito en hito,  
halló en su frente escrito  
un poema de amor y de ternura.



## LXXXI

Como toda mujer , quiere curiosa  
sondar la misteriosa  
pasión que oculta en su martirio Diego,  
y candorosa busca su mirada  
sin pensar ¡desdichada!  
que arroja leña , sobre ardiente fuego.

## LXXXII

Entonces siente Diego que se abrasa,  
y atropellado pasa  
la vista por las letras de San Pablo ;  
pues deduce en rigor , de su doctrina ,  
que su fe le asesina ,  
ó que le mata de la carne el diablo.



## LXXXIII

Y aun pudieron sus labios balbucientes  
murmurar entre dientes  
del Apóstol las frases de elocuencia:  
« Si continentes no podéis quedarse,  
en seguida casarse  
que es mejor que quemarse la conciencia. »

## LXXXIV

*Ad corintios* la epístola primera,  
que San Pablo escribiera,  
aquella pobre niña no entendía:  
mas por mayor sarcasmo á su ternura,  
en los ojos del cura  
algo, como otra epístola leía.



## LXXXV

Y por ley esencial del humanismo,  
no exenta de egoísmo,  
ella que de su afán en los antojos  
ni al castellano, ni al latín atiende,  
en el momento entiende,  
las palabras sin eco, de sus ojos.

## LXXXVI

Como invisibles flechas aceradas,  
las profundas miradas  
del sacerdote ya causan espanto,  
y adviértese al final de la lectura,  
que en los ojos del cura  
la sangre se mezclaba con el llanto.



## LXXXVII

Mas del dolor en la extensión suprema,  
el sacerdote extrema  
su fe agotada y su vigor lejano,  
llamando al cielo valeroso lucha...  
¡Y su voz nadie escucha  
ni en lo divino Cristo, ni en lo humano!

## LXXXVIII

Y ya fuera de sí, como un demente,  
coge á la contrayente  
la mano que esperando está su amante.  
Y convulsión tetánica, al tomarla  
siente y quiere dejarla  
y en vano lo procura delirante.



## LXXXIX

Y con locura lleva la otra mano  
    hacia el altar cercano,  
y un crucifijo del altar levanta  
asiéndolo también, de tal manera,  
    que cruje la madera  
y el metal á su esfuerzo se quebranta.

## XC

Y siendo sus arterias el camino,  
    lo humano y lo divino  
en contraste sublime y misterioso,  
llevan al corazón del pobre Diego  
    la nieve, con el fuego,  
disputándose un ósculo amoroso.



## XCI

Vacila entonces, y la sangre siente  
en oleada hirviente  
agolparse á sus sienas; angustiosa  
la mirada sin luz levanta al cielo,  
y cae rígido al suelo,  
una mano en la cruz y otra en la hermosa.

## XCII

¡ La joven en la trágica sorpresa  
y del cadáver presa,  
con el espanto que el terror provoca,  
vuelve hacia lo infinito las miradas  
lanzando carcajadas,  
con la triste alegría de una loca!



## XCIII

¡Y el séquito asustado, lanza un grito  
de dolor infinito  
al presenciar tan espantoso duelo!  
¡E impasible sus preces sigue el coro  
y el órgano sonoro...  
y sin crujir la bóveda del cielo!



Este poema se halla de venta en las principales librerías de España al precio de **dos pesetas**.

Los pedidos á D. Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, Madrid.

